

Bieke Willem

Universiteit Gent

CÉLULAS, ARCHIPIÉLAGOS, POZOS CIEGOS: UNA LECTURA FRAGMENTADA DE *AV. 10 DE JULIO*

HUAMACHUCO DE NONA FERNÁNDEZ

La Sociedad Red

En la introducción a la antología de esta jornada, se lee que el concepto de fragmentación es asociado generalmente en términos de causalidad a la globalización y el neoliberalismo. Quiero concretizar ahora esta relación causal, y no puedo hacerlo sin referir a la importancia de ‘las redes’ como productores de esa misma fragmentación. En realidad, muchos procesos que llamamos de globalización, de interacción entre diferentes lugares del mundo a diferentes escalas, se hacen mediante la red de transporte, de telecomunicación, o mediante la red del abastecimiento energético, de aguas etc. A primera vista, la infraestructura de redes parece tener una función integradora: se supone que ofrecen sus servicios a precios iguales a todos en toda la ciudad o en cada región del país y unir ciudades, regiones o naciones en conjuntos geográficos o políticos. Así es que los geógrafos Kaika y Swyngedouw señalan que las redes no sólo son importantes a nivel mundial, pero que son verdaderos elementos constitutivos de la ciudad: “Technological networks (water, gas, electricity, information etc.) are constitutive parts of the urban. They are mediators through which the perpetual process of transformation of Nature into City takes place” (Graham y Marvin 2001: 16). Cuando Italo Calvino escribe en *Las ciudades invisibles* sobre la ciudad de Berenice, “the city of the just, [...] linking a network of wires and pipes and pulleys and pistons and counterweights that infiltrates like a climbing plant (Calvino 1974: 148), no hace sino describir la realidad de nuestras ciudades contemporáneas, una realidad aún más invisible hoy en día cuando las conexiones entre diferentes nodos de la red son muchas veces difíciles de captar porque transportan información, signos, imágenes en un espacio que podríamos llamar virtual.

Las redes tienen poder unificador, pero al mismo tiempo segmentan en espacios claramente separados. Manuel Castells, quien introdujo en 1989 el concepto de ‘espacio de los flujos’ sugiere la emergencia de una “Sociedad Red” urbanizada e integrada internacionalmente pero al mismo tiempo profundamente fragmentada, porque esas redes sólo funcionan de manera selectiva –y cito a Castells– “linking valuable segments and discarding used up, or irrelevant, locales and people” (Graham y Marvin 2001: 25). Para darles un ejemplo que desborda las fronteras geográficas de este coloquio: en la megaciudad de Bombay, los tubos que

transportan agua potable a algunos barrios privados son utilizados por los habitantes de los asentamientos informales limítrofes como veredas, sin que ellos puedan disfrutar del agua potable que se encuentra adentro. Entonces, las redes no sólo conectan lugares en el mundo entero sino que también aíslan, excluyen, y crean así una suerte de archipiélagos o células, espacios cerrados sin conexión alguna con su entorno inmediato.

Todo lo precedente se sitúa más bien a un nivel económico global, pero lo que me interesa aquí en primer lugar, es el efecto que la multiplicación de esas redes globales provoca en la vida de los habitantes de la ciudad. La red telefónica, eléctrica, ferroviaria, la red de ordenadores, aviones, supermercados, compañías de coche de alquiler etc. consiguen hoy en día reducir el tiempo de espera, comprimir tiempo y espacio de tal modo que todo, en teoría, esté disponible en cualquier lugar y en poco tiempo. Todo eso cambia seguramente la experiencia del espacio. En segundo lugar, analizaré cómo esa vivencia particular del espacio podría influir en la construcción literaria del espacio urbano. O sea que hablaré de fragmentación, pero a escala reducida.

Con este fin propongo una lectura fragmentada de *Av. 10 de julio Huamachuco*, la segunda novela de la joven escritora chilena Nona Fernández. Será una lectura fragmentada, no sólo porque la fragmentación es el tema principal de este coloquio, sino y sobre todo porque lo que presentaré aquí son pistas, ideas – que ciertamente se pueden profundizar - sobre cómo el concepto de fragmentación podría ser utilizado como instrumento de análisis literario, o al menos como punto de partida de un análisis literario del espacio urbano.

La novela cuenta dos historias paralelas que se desarrollan en Santiago de Chile. La primera es de Juan, un joven periodista que de repente ya no quiere seguir con la vida que hasta entonces ha seguido. Se encierra en su casa fumando marihuana y escribiendo cartas a Greta, su amor de juventud con quien en los años 80 participó en una toma de liceo. La casa de Juan se encuentra en un barrio fantasma porque un promotor inmobiliario compró todas las casas alrededor para construir ahí un centro comercial. Juan es el único que se niega a vender. La otra historia es la de Greta, su amor de juventud a la que lleva 20 años sin ver. Ella es una madre que perdió a su hija en un accidente del furgón escolar. Deja a su casa y a su marido para recomponer el furgón con repuestos que encuentra en las tiendas de la Av. 10 de julio Huamachuco en Santiago de Chile. Un día, Juan sube al techo de su antiguo liceo y desaparece. Y es aquí donde la historia se complica. Carmen Elgueta, una mujer que vende seguros y que se preocupa aparentemente por el caso de ambos protagonistas hace que Greta se instale en la casa de Juan. Ahí consigue entrar en contacto con él por internet. Juan se encuentra en un lugar oscuro, un pozo ciego según él, donde hay niños, o voces de niños que

sufren mucho. Greta decide sacarlo de ahí, conduce su furgón al pozo de edificación que dejó el antiguo liceo del barrio y allí, bajo la tierra, reencuentra a Juan, a su hija y a sus compañeros de la toma del liceo. La novela termina con Greta asistiendo en un silla de ruedas a la inauguración del centro comercial.

Las redes y la construcción literaria del espacio

Las redes que podemos detectar en la novela aparecen bajo dos formas diferentes. Primero, hay la red presentada como sistema centralizador, a la manera de las pantallas de vigilancia en 1984 de Orwell. Como en muchos antiguos relatos de ciencia ficción, la red funciona aquí como metáfora del totalitarismo. Encontramos un ejemplo claro en la novela de Nona Fernández cuando Juan pregunta a Carmen Elgueta, la mujer de los seguros, cómo es posible que ella sabe tanto de su vida:

Carmen me explicó que a través de las cuentas bancarias, de las tarjetas de crédito, de los expedientes policiales, médicos, y algunas otras fuentes no confesables, elaboraba la ficha personal de cada individuo. A veces la información demora en ordenarse, como pasó conmigo, pero finalmente todo se ajusta. (Fernández 35)

Gracias a sus fichas, que son el resultado de un detallado rastreo de las redes, Carmen Elgueta sabe hasta lo más personal de sus clientes y consigue incluso manipular sus vidas. Este mundo de redes bancarias, policiales, de cámaras de vigilancia y fichas personales crea una imagen frecuentemente utilizada en la literatura chilena de y sobre la dictadura: la de Santiago de Chile como una ciudad panóptica (pensamos por ejemplo en *Santiago Cero* de Carlos Franz). Otro tipo de representación de las redes subraya su carácter descentralizado, aparece aquí la red en un sentido más actual. Fernández concede en su novela un importante papel a la red descentralizada por excelencia, la red que funciona casi prescindiendo de soporte material: Internet. La idea detrás de internet es que se puede entrar en contacto con todo el mundo en prácticamente cualquier lugar. La escritora de *Av. 10 de julio Huamachuco* estira esta idea conectando el mundo de los vivos con el de los muertos precisamente mediante internet: Greta se pone delante del computador en la casa de Juan y llega a conversar con él mientras que él se encuentra en un espacio no muy bien definido, una pieza oscura, “un pozo ciego, un túnel negro que no conduce a ningún lugar” (Fernández 55). A partir de ese momento, la narración se ve entrecortada por sesiones de chat, diálogos, e-mails, y monólogos de los niños que se encuentran en ese lugar oscuro. Pues la fragmentación ya se nota en la estructura narrativa.

Pero lo que me interesa aquí, es cómo los espacios se construyen en la novela. Internet facilita la conexión entre Juan y Greta, pero al mismo tiempo ambos se encuentran todavía en dos espacios claramente separados. No pueden verse, no se pueden tocar. Sólo pueden imaginar que hay alguien al otro lado de la pantalla.

En algún lugar, en el otro extremo del cable que viaja por los oscuros subterráneos de esta ciudad, se encuentra Juan. Puedo imaginarlo, sentado como yo frente al computador con sus dos manos sudando nerviosas sobre las teclas. Quisiera poder verlo del otro lado de la pantalla, pero en su lugar aparece una frase abriendo la conversación. (Fernández 176)

Greta escribe: Acá, ¿dónde? ¿En una casa? ¿Una pieza? ¿Un edificio? Estás en Chile? ¿En Santiago?

Juan escribe: Entonces enloquecemos. O tú o yo somos un invento de otro. (178)

El lugar donde Juan se encuentra es un espacio cerrado; a pesar de los mensajes que puede enviar a Greta, los que están adentro afirman varias veces que “no hay conexión [...] con el afuera” (Fernández 188). La casa donde se encuentra Greta escribiendo a Juan también está totalmente aislada. Se encuentra en “una especie de isla en la que nadie quiere estar” (Fernández 27): un barrio donde “por el asunto de la nueva construcción bloquearon el tránsito de la calle y ningún tipo de locomoción llega hasta acá. El paradero de micro más próximo está a diez cuadras y los taxis ya no entran” (Fernández 34).

Y así todos los espacios en los que se mueven los personajes – que no son muchos, en realidad – se constituyen como burbujas, células sin contacto inmediato entre sí. Tenemos el liceo ocupado por Juan y Greta y sus compañeros en los años 80 cuya “reja de la entrada permanece erguida, muy bien cerrada por una cadena y un par de candados, pero sin ningún muro a su alrededor” (Fernández 132). Tenemos la celda donde se encontraban después de la toma, tenemos la Avenida 10 de julio Huamachuco, el furgón de Greta, el barrio y la casa de infancia de Juan, y este lugar oscuro bajo la tierra. Todos estos espacios sólo se conectan de manera virtual: sea por la memoria, sea por internet. Y simplemente se yuxtaponen, no son más que partes de una secuencia. Como el filósofo Bart Verschaffel lo formula, la multiplicación de los espacios de red (estos espacios virtuales creados por internet, o aeropuertos, autopistas etc.), crea una experiencia heterogénea del espacio. “Uno va de un determinado espacio a otro, y estos diferentes espacios (el casco histórico, el aparcamiento, la oficina, el tranvía, el supermercado, la casa) no se incluyen. No encajan” (Verschaffel 14). Esta experiencia particular del espacio se refleja en la novela de Nona Fernández.

Así es que en ningún momento el lector de *Av. 10 de julio Huamachuco* puede formarse una visión de conjunto. Sólo porque se mencionan a veces los nombres propios de ‘Av. 10 de julio

Huamachuco’, ‘Santiago de Chile’ y ‘Chile’, sabemos que la historia se desarrolla efectivamente en una unidad espacial, en Santiago de Chile. Pero la novela presenta una ciudad que perdió por completo su sentido integrador. Enlaza de esta manera perfectamente con los análisis sobre la ciudad actual de Prévôt-Schapira, GUST, y García Canclini, incluidos en la antología de esta jornada. Puedo añadir la observación de la pensadora chilena Nelly Richard, quien afirma respecto a Santiago de Chile que “la expansión laberíntica de las redes de circulación traspasadas por el ‘régimen-velocidad’ (Virilio) de los flujos de cuerpos, dinero y mensajes, ha borrado toda referencia a la jerarquía de un centro que ordene la visión de conjunto de la ciudad reuniendo sus planos en un todo integrado y abarcable (Richard 105)”. En la novela de Nona Fernández, los únicos pasajes en los que se crea una suerte de conexión narrativa entre un espacio y otro, son los que cuentan el recorrido del furgón escolar. De las tres páginas enteras en las que se retoma detalladamente el recorrido seleccioné un fragmento más breve:

Desde las seis de la mañana con cuarenta y cinco minutos, momento en el que ponía en marcha el motor de su Kia Besta, todo lo que se venía por delante ya estaba cuidadosamente cronometrado. Como un recorrido trazado con piezas de dominó, Gutiérrez Ahumada apretaba por primera vez el acelerador y desde entonces una a una las piezas blancas iban cayendo y botando a las siguientes, sucediéndose unas a otras en un devenir de calles, luces verdes, atajos, discos pares y niños arriba y puertas que se abren, se cierran y toques de bocinas, saludos y despedidas sin fin. (Fernández 93)

Este pasaje presenta ya una visión bastante fragmentada del paisaje urbano.

Se detecta entonces la noción de fragmentación en *Av. 10 de julio Huamachuco*, pero el aspecto socio-económico, tan importante en el artículo de Prévôt Schapira para definir el término, sólo está presente en la novela como un elemento secundario. Está la historia de una madre cuyo hijo desaparece mientras ella cruza toda la ciudad en micro, en una hora y media, para ir a trabajar en La Dehesa, un barrio residencial. O la del chofer del furgón escolar que tiene que combinar varios empleos para pagar los alimentos de sus hijas; o la historia de la niña que no puede entrar a “Fantasilandia, a ese lugar de juegos luminosos que la niña miraba siempre desde la reja sin poder entrar porque no tenían los medios económicos para hacerlo” (Fernández 82). Pero estas historias sólo sirven de trasfondo. Las vidas de los protagonistas, que no se encuentran en una situación de precariedad económica, llaman la atención sobre otros males provocados por esa “Sociedad Red” de la que habla Castells.

Una escritura distópica

Al inicio de *Postales del porvenir* Fernando Reati escribe respecto a la literatura argentina de corte futurista, que lo que sus autores tematizan es la catástrofe de “la transformación radical y a menudo traumática del tejido social argentino, de su cultura, de su imaginario todo, a partir de la inserción plena del país en el modelo neoliberal de globalización” (Reati 2006: 20). En la novela de Nona Fernández, tampoco está ausente una crítica a ese modelo neoliberal de globalización que no puede funcionar sin esas redes que acabo de explicar. Y como lo indican los repuestos en la Av. 10 de julio Huamachuco, y las historias secundarias de la madre pobre cuyo hijo desapareció, del conductor del furgón y de la niña que no puede entrar a Fantasilandia, se trata claramente de un neoliberalismo periférico. Eso no quita que Fernández muestre los efectos más tajantes de las estrategias del mercado en la vida cotidiana de los habitantes de cualquier ciudad, no importa si se encuentra en el centro o en la periferia del mundo globalizado. Como acabo de decir, al inicio de la novela Juan se encierra en su casa en ese barrio fantasma fumando marihuana, y lo único que lo conecta con el mundo exterior son las llamadas telefónicas de compañías que le tratan de vender todo tipo de productos:

Hace rato que intento comerme un plato de garbanzos que yo mismo preparé. Ha sido difícil porque el teléfono suena y suena y, como no tengo nada mejor que hacer, contesto todas las llamadas. Primero fue el tipo del crédito bancario. Manuel García, ése dijo que era su nombre. Me hizo la última oferta del banco con tasas de interés impresionantes, esa palabra ocupó. [...] La otra mujer, Gloria Díaz, llamó a continuación y me estuvo conversando sobre una estadía en Buenos Aires, en pleno barrio Recoleta, con todos los gastos pagados, que supuestamente me gané respondiendo una encuesta callejera hace unas semanas. [...] Andrés Leiva me ofreció un servicio de banda ancha en una promoción increíble en la que por los dos primeros meses se paga sólo uno. Y ahora Carmen Elgueta me cuenta de un seguro de vida fantástico y muy rentable que no sólo me cubre a mí en caso de una tragedia, sino que también a toda mi familia, si es que mi núcleo familiar no sobrepasa las cuatro personas. (Fernández 15)

En un capítulo titulado “los infiernos utópicos”, Pablo Capanna habla de un tema frecuentemente utilizado en la literatura de ciencia ficción: el de la manipulación del consumidor. Con respecto a *The Space Merchants* de Pohl y Kornbluth por ejemplo, dice lo siguiente: “los autores imaginaban una sociedad donde el poder político había pasado a manos de las agencias publicitarias y la propaganda regía todos los actos de la vida del consumidor-ciudadano” (Capanna 168). Lo que Nona Fernández describe es una versión atenuada de esa sociedad, pero mediante la parodia del discurso publicitario consigue realmente crear un infierno del consumismo en el que los personajes constantemente son acosados con ofertas

publicitarias. A veces de manera bastante agresiva, como vemos en el ejemplo siguiente, en el que Carmen Elgueta, la mujer de los seguros, insiste en que Greta acepte la indemnización de la compañía de seguros y también que entable una demanda en contra del conductor del furgón del transporte escolar que causó el accidente en el que perdió a su hija:

–Yo no quiero incomodarla, Carmen. Sé que ésta es su pega, pero yo no voy a participar de esa demanda.

–es que no puede ser tan obtusa, además de ofrecerle un precio importante de indemnización en caso de ganar el juicio, esto es una forma de hacer justicia.

[...] Carmen se acerca nuevamente. Vuelve a tomarme la mano.

–Yo vi cómo quedó ese furgón, vi a su hija y al resto de los niños y le aseguro que si usted también los hubiera visto tampoco querría que las cosas quedaran así.

[...] –Salga de aquí, Carmen.

[...] –Me pregunto qué pensará su hija de todo esto. ¿Estará de acuerdo con la decisión que usted ha tomado?

–Váyase.

[...] –Lo único que buscamos es que lo que pasó no se repita, Greta. No queremos que nadie nos quite a nuestros niños. (Fernández 79)

No es sorprendente que Greta, cuando Carmen Elgueta manipula toda la historia impidiendo incluso que se suicide, dice: “definitivamente esto es el infierno y esta mujer su regenta” (Fernández 105).

Pero lo que realmente crea un infierno para todos los personajes de *Av. 10 de julio Huamachuco*, es la velocidad que implica una vida reinada por las redes globales. Éstas suponen comprimir tiempo y espacio de modo que se crea un mundo en el que cada segundo cuenta. Todos los personajes sufren de esa rutina mortal que les impide vivir realmente. En la novela encontramos varios pasajes como el siguiente en los que se filosofa sobre este mal típico de nuestro tiempo.

La rutina es un círculo que gira y te protege, pero también te atrapa en una trampa de la que es imposible salir. Si ya no quieres o no puedes seguir girando, te caes a un hoyo negro y desapareces. Ése es el castigo. La rutina baila en un son que envuelve y que tiene sus leyes y sus pasos establecidos que no puedes ni debes infringir. [...] Si no te subes, te caes, o más bien te botan. Es demasiado lo que está en juego, una maquinaria excesiva y tremenda donde cada pieza mueve a la otra y a la otra, como en el recorrido blanco del dominó, y si alguna se sale del juego, si alguna deja de bailar, todo puede irse a la mierda. (Fernández 96)

Nona Fernández muestra los peores efectos de esas redes globales sobre la vida cotidiana, y a eso suma aún las historias de niñas degolladas, accidentes atroces con adolescentes, historias

de pedofilia y de tortura. No es de extrañar entonces que me inclino a calificar esta escritura como distópica. Reati propone la siguiente definición, prestada de Sisk:

Distópica será toda aquella literatura que extrapole rasgos presentes al futuro y proponga sistemas sociales imaginarios de carácter negativo donde, al revés que en las utopías, todo aquello que podría empeorar ha empeorado (Sisk, 1997:5) (Reati 19)

Y Reati añade que “mientras no toda obra de ciencia-ficción es política, toda obra distópica adopta un cariz político, puesto que en principio contiene una crítica al estado actual de cosas cuando se extrapolan los defectos del presente al futuro” (Reati 2006: 18-19). Aunque no se cumple con la condición de ‘escritura del futuro o de anticipación’ porque *Av. 10 de julio Huamachuco* se sitúa claramente en el presente, creo que podemos aplicar la etiqueta de distópica a la novela de Fernández. Como hemos visto, el carácter negativo está claramente presente: la sociedad esbozada por Fernández comprime todo lo peor de la sociedad chilena actual: la violencia, la indiferencia, el olvido, la rutina mortal, la manipulación del consumidor, la fragmentación social y espacial. En la definición de Sargent (citado por Moylan), el carácter negativo es lo más importante: “We can then specify dystopia [...] as a text in which “a non-existent society [...] is described in considerable detail and normally located in time and space that the author intended a contemporaneous reader to view as considerably worse than the society in which that reader lived” (Moylan 155). Tampoco podemos hacer caso de la crítica (política) al estado actual de las cosas presente en la novela. Por el desplazamiento inverosímil del mundo de los vivos al de los muertos, se crea además un efecto de extrañamiento, un rasgo imprescindible según entre otros Darko Suvin para poder hablar de literatura de ciencia ficción y de distopía.

Estrategias de resistencia

No profundizaré aquí las teorías sobre la distopía, pero me interesa aquí un rasgo en que Tom Moylan pone especialmente énfasis: el de la resistencia. Retomando a Baccolini, Moylan afirma que el texto distópico se forma “around the construction of narrative [of the hegemonic order] and a counter-narrative [of resistance]” (Baccolini) (Moylan 2000: 148). Vemos que en la ciudad creada por Nona Fernández, los protagonistas se arrastran de una isla a otra, o de una célula a otra. Tanto Greta como Juan ya no pueden soportar el sistema reinante basado en la rutina, los mensajes publicitarios y la consiguiente embotadura de la gente, pero han creado estrategias alternativas de sobrevivencia. Una de las técnicas de resistencia que Moylan trata,

y que toma también prestada de Baccolini, es la de la apropiación o la reapropiación del lenguaje: “control over the means of language, over representation and interpellation, is a crucial weapon and strategy in dystopian resistance” (Moylan 2000: 149). En cierta manera podemos considerar los apartados en cursiva en la novela, las cartas que Juan escribe a su amor de juventud, como un acto de resistencia. En las cartas, Juan rememora un pasado ya olvidado o reprimido durante largo tiempo: el de la toma del liceo cuando él y sus compañeros tenían 15 años. Juan se explica de la manera siguiente:

Un recuerdo puede diluirse con el tiempo y dejar sólo la sensación, la idea, el concepto. Un recuerdo puede borrarse a punta de calmantes, ansiolíticos, antidepresivos, somníferos, terapias, exceso de trabajo, mucha vida social y ocupaciones, pero hay cosas que se anclan a la memoria y que permanecen ahí esperando que uno tenga el valor suficiente para bucear en ellas. (Fernández 168-169)

Las cartas sirven pues para reconstituir una memoria propia, una historia alternativa que ha sido borrada por el orden hegemónico. El fragmento corrobora perfectamente lo que Moylan escribe al respecto :

“An important result of the reappropriation of language by the dystopian misfits and rebels is the reconstitution of empowering memory. With the past suppressed and the present reduced to the empirica of daily life, dystopian subjects usually lose all recollection of the way things were before the new order, but by regaining language they also recover the ability to draw on the alternative truths of the past and “speak back” to hegemonic power. (Moylan 149)

Veremos que la reconstitución de una memoria es en efecto un elemento primordial en todos los actos de resistencia detectables en la novela.

Otra estrategia de resistencia la encontramos en la construcción de espacios propios por los protagonistas. A manera de protección contra la rutina mortal, contra el mundo demasiado veloz de antidepresivos, terapias, de exceso de trabajo y contra la pena demasiado grande por la pérdida de una hija, Juan y Greta construyen sus propias células con los escombros que encuentran en su ruta.

La novela abre ya con un primer ejemplo de esta actitud: un día por la mañana Juan se da cuenta de que ya no puede seguir con su vida. Dice: “Un día me fundí. No pude seguir adelante y frené en seco” (Fernández 18). Y continúa su relato de la manera siguiente:

La lluvia golpeaba el techo del auto, tenía hambre, frío, sueño, y no quería estar ahí, quería estar en otro sitio, probablemente en mi casa, en mi cama. Y entonces, sin pensarlo mucho, en medio del aguacero, me detuve.

No puedo explicar qué me pasó. Tampoco qué fue lo que pensé en ese momento. Puse el freno de mano, cerré las ventanas del auto, apagué la radio, desconecté el limpiaparabrisas, saqué las llaves y ahí me mantuve, comiendo mi sándwich en silencio, tomando el café ya helado. Por un segundo sentí sólo el ruido de las gotas cayendo por los vidrios del auto y eso me gustó. El teléfono había dejado de sonar. Tampoco oía la voz de Maite ni la del locutor de la radio hablando por los parlantes. Sólo la lluvia.

Mi auto quedó detenido en Américo Vespucio. Los vehículos circulaban por los costados y atrás comenzó a armarse una gran fila. (Fernández 19)

Con este primer acto de resistencia, se crea también deliberadamente la primera célula íntima, cerrada, en este mundo en sí ya muy fragmentado.

Otro ejemplo de la creación de un espacio propio lo encontramos claramente en el empeño de Greta para reconstruir el transporte escolar en el que su hija tuvo un accidente. El furgón compuesto de repuestos provenientes de vehículos implicados en otros accidentes atroces funciona, una vez que está listo, como una célula móvil que permite a Greta recordar plenamente a su hija.

De esta manera, los protagonistas crean varios enclaves utópicos de protección contra el mundo exterior. El enclave formado por la casa de Juan en medio de un barrio sin vida es el ejemplo más claro de esta estrategia. Cuando Greta visita la casa después de muchos años, la describe como “un enfermo contagioso. Blanca, vieja, deteriorada, pero en pie aún, delirando de fiebre, seguro que con tercianas y otros síntomas” (Fernández 123). El deterioro de la casa no sólo concierne su aspecto físico, sino que la enfermedad a la que Greta refiere tiene mucho que ver con lo que representa la casa. La vida demasiado apresurada de Juan antes de su “freno en seco” poco a poco diluyó los significados originalmente atribuidos a la casa como hogar, como un lugar donde se prepara comida, se come, se duerme y se ama, en fin, donde uno se repone de la confrontación con la vida exterior. Al final, ni siquiera la foto de casamiento “instalada en el medio de la casa como un seguro contra la hecatombe, como una garantía de que aquí no iba a pasar nada malo” (Fernández 41) puede impedir que Juan cae bajo la rutina, que su mujer lo abandona, que finalmente hasta el más mínimo rincón del barrio donde creció va a ser demolido por las grúas de la empresa inmobiliaria. Pero a partir del momento en que Juan decide resistir a la demolición, la casa empieza a cobrar de nuevo sentido.

Una de las pequeñas tácticas que Juan aplica para recuperar el sentido original de ‘casa’, es cocinar:

Los garbanzos tienen un tiempo de cocción definido. ¿Media hora? Cuarenta minutos? [...] Después un poco de crema y un aliño que encontré acá en el mueble. Estragón se llama. También queso rallado. Mi mamá los cocinaba así. Recuerdo ese olor golpeándome la nariz cuando llegaba del liceo. Corría a la mesa y me comía por lo menos un par de platos. Desde entonces que no los pruebo. Con Maite, mi mujer, nunca comíamos garbanzos. Nos íbamos a puro sándwich y cuando queríamos variar pedíamos pizza, normalmente de pepperoni, o alguna otra porquería que nos trajeran a la puerta de la casa. No teníamos tiempo para cocinar. A duras penas teníamos tiempo para comer. (Fernández 16)

Ahora sí tiene tiempo para cocinar y para comer, porque como un movimiento en contra de la velocidad del mundo exterior, en la casa de Juan el tiempo simplemente ya no pasa. Cuando Greta se instala en la casa, nota que “pese al desastre que se ha vuelto todo con el polvo y los escombros, [el jardín] sigue siendo tan ordenado y bonito como lo llevaba tu madre” (Fernández 131). Juan mismo confirma el carácter atemporal del espacio:

Es como si me encontrara en un tiempo muerto, girando en banda entre estas cuatro paredes. Me dedico a escuchar el silencio, que en este lugar hay mucho, fumo un poco de hierba, pienso, recuerdo cosas. (Fernández 21)

En esta casa no hay mucho: no hay discos ni libros para distraerse. Como vemos en el fragmento mencionado, es la memoria la que llena todos los rincones de este espacio atemporal. La casa permite rememorar el pasado reprimido por los calmantes, antidepresivos, por la rutina de todos los días; ofrece el silencio necesario para recordar la toma del liceo en los años 80, el breve período de encarcelamiento y la desaparición de dos compañeros:

La Chica nunca más volvió con nosotros. El Negro tampoco. [...] Es cierto que ha pasado tanto tiempo que las imágenes se confunden, pero aunque me haya desentendido de esto, yo recuerdo, yo sé. En esta casa el tiempo gira, las deudas penan. Los recuerdos rebotan en los muros, vuelven a entrar en uno con nuevas formas. No hay posibilidad de dejar atrás lo que nos incomoda, todo regresa entre estas cuatro paredes. (Fernández 171-172)

Pues es también el lugar donde la memoria individual y la de una nación entera se encuentran. La casa a penas parece mantenerse en pie bajo el peso de los recuerdos, pero al mismo tiempo son también esos recuerdos los que la sostienen. Greta puede decir finalmente: “Los recuerdos se ordenan, las imágenes vuelven y se confrontan con lo que encuentro acá. [...]. Todo está lleno de significado (Fernández 128). La casa cobró entonces de nuevo significado. En medio de esa tierra de nadie, de ese paisaje de “después de la hecatombe”, como se repite varias veces, la casa se volvió un campo de fuerzas que crea de nuevo contexto. De esta manera

ofrece un contrapeso al pozo de edificación que dejó el antiguo liceo, borrando, como Greta lo afirma, todos los significados, todos los recuerdos:

He caminado hasta el liceo una y otra vez, buscando en los alrededores alguna pista, pero no encuentro nada, las máquinas lo han borrado todo. En el lugar del viejo liceo ahora sólo hay un gran hoyo. Debe tener unos diez metros de profundidad y unos mil, o más, metros cuadrados. Abajo se puede ver la tierra húmeda que por años estuvo aplastada. La misma sobre la que estudiamos y crecimos. Ahora esa tierra guarda un gran hueco. Un espacio enorme. Una tumba inmensa y vacía, sin información ni señas que hablen de Juan ni de nadie.
(Fernández 185)

Se puede ver en ese gran hueco, en este terreno vacío, un símbolo de las desilusiones que han marcado toda una generación chilena hasta hoy en día. Pero para impedir que esta lectura sea demasiado fragmentada, me permito retomar el tema del inicio de esa ponencia y ver en este gran hoyo una sublimación de lo que queda del espacio físico cuando llegan a predominar las redes. Me explico: Castells describe las redes a menudo como un sistema “de geometría variable y geografía desmaterializada”. O sea que la red perfecta puede prescindir de espacio físico. No necesita contexto, o significado, pasado o futuro. Lo que cuenta es el espacio inmaterial, el espacio virtual de los flujos de información, imágenes y mensajes.

Conclusión

Hemos visto que los actos de resistencia que encontramos en la novela de Nona Fernández van en contra de esa lógica de la red. Los protagonistas, que se mueven como parias por la ciudad de Santiago de Chile consiguen rearmar los fragmentos espaciales con sentido. Crean sus propias células que sirven como enclaves utópicos en un paisaje urbano que podemos calificar de postapocalíptico. Termino con un último ejemplo, un ejemplo clave en la transición de una escritura realista a una escritura fantástica en la novela. En *Av. 10 de julio Huamachuco*, incluso el espacio virtual por excelencia, el creado por internet, se materializa y cobra sentido. Cuando Greta entra en contacto con Juan por primera vez, éste todavía se encuentra en un hoyo negro, un pozo ciego. Pero poco a poco el lugar se va materializando: es “un lugar hecho de ladrillos viejos, muy húmedo, donde el agua corre a ratos por los muros” (Fernández 188). Y paulatinamente los significados empiezan a proliferar: es al mismo tiempo una síntesis de los horrores del pasado y del presente de los protagonistas, el mundo de los muertos, un Santiago de Chile paralelo pero subterráneo, el “Kinderhaus” chileno donde un viejo alemán recluyó y abusó a niños pequeños, y la infancia perdida.

BIBLIOGRAFÍA

Campra, Rosalba. "La ciudad en el discurso literario." *SYC* 5 (1994): 19-39.

Capanna, Pablo. *Ciencia ficción, utopía y mercado*. Buenos Aires: Cántaro, 2007.

Castells, Manuel. *The Rise of the Network society*. Oxford: Blackwell, 1997.

Fernández, Nona. *Av. 10 de julio Huamachuco*. Santiago de Chile: Uqbar, 2007.

Graham, Stephen, and Simon Marvin. *Splintering Urbanism*. London: Routledge, 2001.

Suin, Darko. *Pour une poétique de la science-fiction. Études en théorie et en histoire d'un genre littéraire*. Montréal: Les presses de l'Université du Québec, 1977.

Reati, Fernando. "La ciudad futura." *Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*. Ed. Fernando Reati. Buenos Aires: Biblos, 2006. 87-136.

Richard, Nelly. *Residuos y metáforas. (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*. Santiago: Cuarto Propio, 2001.

Verschaffel, Bart. *Van Hermes en Hestia. Teksten over architectuur*. Gent: A&S Books, 2006.